

¿Enseñar Arte? Un devenir constante

Javier Alberto Flechas-Hernández¹

La verdadera función de las artes no es celebrar el virtuosismo del autor sino transformar al que mira

LUIS CAMNITZER

Resumen

La presente reflexión tiene como origen dos miradas de una misma situación: por una parte, la del profesor que acompaña los procesos de aula de sus estudiantes de artes visuales y, por otro lado, la del artista que intenta ver sus acciones pedagógicas como una obra en sí misma. A partir de dichos escenarios, el propósito es cuestionar al lector sobre la imperiosa necesidad de entender y asumir la enseñanza y el aprendizaje de las artes desde perspectivas que posibiliten el desarrollo de miradas sensibles, perspicaces y disruptivas.

Palabras clave: Artes visuales; actividad cultural; educación artística; creación artística

¹ Profesor de artes visuales del colegio Marymount de Bogotá.
jflechas@marymountbogota.edu.co

La decisión de ser profesor hoy en día no es una que solo se tome al momento de iniciar nuestras carreras, lo que en mi caso particular ocurrió ya hace más de 25 años.

Esta decisión es una constante que se repite prácticamente a diario. Ser profesor es un verbo que se conjuga siempre en presente. De poco sirve haber sido “buen profesor” en el pasado, si se tiene en cuenta que cada año nuestros estudiantes se renuevan y esta característica nos invita (obliga) a mirar con ojos frescos a cada uno de los individuos que se acercan a nuestras aulas, las cuales, en este siglo de realidades virtuales y de inteligencias artificiales, parecen evaporar la materialidad de sus cuerpos, espacios y momentos, con todas sus limitaciones y ventajas, y la potestad que otrora los docentes solían ostentar sobre el conocimiento.

Ser profesor en estos días implica ser capaz de contestar con una sencilla frase que parece dolorosa a los ojos de los docentes: “No sé”. En muchas ocasiones somos menos dueños de las respuestas y más responsables de las preguntas. Somos más los encargados de abandonar la comodidad que brinda el “poder” que viene adherido a este cargo y que se proclama a través de una nota o calificación (o descalificación). Ahora debemos asumir con claridad y mirada compasiva nuestra tarea de ser compañeros de nuestros estudiantes (no amigos, compañeros de camino). Estudiantes que ahora tienen la etiqueta “post pandemia”, y que están inmersos en una realidad donde la constante es la soledad, el *bullying* y la exacerbada relación con el mundo a través de los medios digitales o el consumo irresponsable de todo aquello que se pueda consumir y que nos pueda consumir.

Ahora bien, si acotamos la pregunta y la llevamos a lo que alguien tendría que tener en cuenta para ser profesor de *Artes* en el siglo XXI, la respuesta podría llegar a ser un tanto paradójica,

pues tendría que confesar que es muy poco lo que se tendría que enseñar. No conozco a nadie que sea capaz de enseñar a hacer arte o que le pueda decir a otro cómo sentir el mundo o expresarse a través de los colores o los sonidos. Lo que considero debemos tener en cuenta para ser profesor de artes en estos días, es que este ejercicio debe implicar siempre un riesgo, un mirar con ojos nuevos la realidad y permitirles a nuestros alumnos encontrar su camino para educar esa mirada; aguzarla, afinarla, instruirla. Volverla cada vez más sofisticada, delicada y a la vez más vehemente y contundente. Ayudarles a encontrar su propia voz sin decirles qué decir, pero sí escuchándolos cada vez más. Ponerlos en contextos donde aprecien y valoren la diferencia y vean en ella riqueza y no limitación, donde el error no sea un pecado sino una nueva oportunidad para pensar, para indagar, para cuestionar(se).

También tendría que decir que es necesario desaprender mucho de lo que aprendimos y de la forma en la que lo hicimos. Creemos, con cierta ingenuidad, que nuestros estudiantes requieren conocimientos (muchos), pero la verdad es que veo a mis exalumnas y a mis propios hijos reclamando del colegio otro tipo de saberes, otro tipo de oportunidades, incluso, otro tipo de definición de aquello que consideramos éxito. Nuestros estudiantes requieren urgentemente acercarse de manera sensible (estética-ética) al mundo que los rodea. Requieren ser capaces de entender y valorar su contexto y el de los otros, comprendiendo que el mundo no está para satisfacer nuestras necesidades, sino que el asunto es al contrario; que el éxito se alcanza cuando nuestras acciones, saberes, sentimientos y decisiones contemplan tanto el beneficio propio como el ajeno (equilibrio). Los estudiantes necesitan no solo aprender, sino aprehender una serie de ideas, conceptos y principios. No se trata de memorizarlos, se trata de hacerlos suyos, apropiarlos, interiorizarlos.

De ahí que el arte resulte tan importante en los procesos escolares, pues permite vivenciar, experimentar con el cuerpo y con el alma todo aquello que se estudia. La clase de arte propone al

estudiante como el objeto de estudio, como centro y a la vez detonante del proceso educativo. Si logramos esto en nuestras clases, de seguro habremos instaurado en nuestros alumnos una suerte de “dispositivo” que les permitirá enfrentar con audacia, integridad y solidaridad todo aquello que en la vida se puedan encontrar. Por otro lado, quisiera citar el siguiente texto, el cual se ha atribuido a Pier Paolo Pasolini (García, 2024),² el controvertido director de cine que decía:

Pienso que es necesario educar a las nuevas generaciones en el valor de la derrota. En manejarse en ella. En la humanidad que de ella emerge. En construir una identidad capaz de advertir una comunidad de destino, en la que se pueda fracasar y volver a empezar sin que el valor y la dignidad se vean afectados. En no ser un trepador social, en no pasar sobre el cuerpo de los otros para llegar el primero. Ante este mundo de ganadores vulgares y deshonestos, de prevaricadores falsos y oportunistas, de gente importante, que ocupa el poder, que escamotea el presente, ni qué decir el futuro, de todos los neuróticos del éxito, del figurar, del llegar a ser (párr. 4).

Por lo tanto, resulta imprescindible contemplar diferentes perspectivas. Tanto profesores como estudiantes deben enfrentarse a sus propias realidades y contextos, no para replicarlos, sino para entenderlos y cuestionarlos.

En mi experiencia como profesor del programa de artes visuales del Bachillerato Internacional, esto ha sido una constante y se ha materializado en lo que en mi lugar de trabajo se ha denominado Artéa. Bajo ese título se resume la experiencia que nuestras estudiantes viven en los dos últimos años de su bachillerato y que las sumerge en un proceso que inicia con un acercamiento riguroso a varias técnicas, a la vez que les brinda herramientas de investigación-creación enfocadas a la idea de que ellas mismas puedan generar un proyecto de crea-

ción personal. Dicho proyecto se concreta en la realización de un conjunto de obras y en una serie de productos teóricos que son enviados a evaluadores externos, pero que también se exhiben en una exposición abierta al público en general y se publican en una revista que tiene versión digital e impresa, la cual se distribuye de manera gratuita entre colegios pares, universidades, galerías y demás instituciones vinculadas con la educación y/o el arte. El proceso que se desarrolla en el aula pretende movilizar a las estudiantes hacia lugares que les permitan contemplar-se desde nuevos ángulos y de esta manera generar obras que trascienden fácilmente la idea tradicional de aquello que se hace en una clase de artes (es decir, objetos bellos que se puedan exhibir para congraciarse con el espectador), esto les permite formular preguntas que puedan llegar, incluso, a ser incómodas y que les otorga la posibilidad de encontrar y desarrollar nuevas ideas, nuevas posibilidades; una mirada y una voz propias basadas en la necesidad de aprender en contexto, de su contexto y sobre su propio contexto, pero sin perder de vista los otros contextos.

Este es un proceso de diálogo. Es una conversación donde quien habla también escucha y donde ambas partes aprenden mutuamente. Este proceso es un espacio para la expresión de las emociones, las ideas y las opiniones, ya que las artes son un excelente medio para comprender y transformar el mundo. Este programa promueve la reflexión sobre conceptos clave y contextos globales donde se espera de los involucrados una actitud cuestionadora y el despliegue de una serie de habilidades técnicas, de pensamiento, sociales, de comunicación, de autogestión y de investigación que trasciendan el tradicional rol pasivo que se suele encontrar en este campo y se transformen

2 Pier Paolo Pasolini (1922-1975) fue un intelectual italiano multifacético: poeta, novelista, ensayista, cineasta y crítico. Su obra es una de las más influyentes del siglo xx, caracterizada por su compromiso político y su mirada crítica sobre la sociedad de su tiempo.

en agentes activos, dueños de sus procesos y responsables de sus acciones.

El área de Educación Artística en un colegio —y no la pensemos solo como la clase que se imparte en un salón ni la entendamos desde su más tradicional y decimonónica concepción, la que nos habla de cosas que se hacen, cosas bonitas— debería ser el hogar de la incomodidad, de las preguntas que no siempre tienen una respuesta clara, fácil y homogénea. También de las respuestas que cada individuo busca a través de una exploración sensible y auténtica que no se limita a los medios y a las técnicas (y la tan apreciada destreza), sino que parte de un difícil y sincero ejercicio de introspección que olvida por un momento que hace parte de un plan de estudios y que está sujeta a un sinfín de formalidades y vericuetos burocráticos, para sumergirse en un reflejo que no lo proporciona ningún espejo y que solo estaría dispuesto a brindar una imagen a aquel que esté en capacidad de reconocerse, ya no en lo bello que pueda verse ni en las virtudes que de allí se puedan desprender, sino en lo frágil, vulnerable y cuestionable que pueda llegar a verse, a ser.

Ser profesor en este contexto implica un devenir que se da entre el papel que asumimos como mediadores o guías en el proceso de unos aprendices que nada tienen que envidiarnos, y el rol que como artistas solemos ejercer de manera paralela. Estar también imbuidos en un proceso similar al que nuestras estudiantes viven, implica asumir una actitud crítica frente a la realidad y nunca desprendernos de la mirada que (se) transforma, que se arriesga. Tal vez la única diferencia sustancial entre estudiante y profesor sea el tiempo que llevamos recorriendo ese mismo camino, ese que parte de las fragilidades y necesidades de cada quien y que, gracias a ese trasegar y lo afortunados que somos al compartir este recorrido, contamos, a diferencia de nuestras estudiantes, con muchas maestras que sin pretenderlo nos enseñan más de lo que ellas pueden imaginar.

Referencias

García, S. (2024). Educar para el fracaso y la derrota, un bello texto de Pier Paolo Pasolini. Cultura inquieta. <https://culturainquieta.com/literatura/educar-para-el-fracaso-y-la-derrota-un-bello-texto-de-pier-paolo-pasolini/>